

Marcelo Díaz, director teatral: «La violencia tiene la misma lógica hoy en Oriente Medio que en tiempos de Shakespeare»

«Enrique V, el nuevo montaje de Achiperre, es una obra para todos los públicos y con mucho humor»

Marcelo Díaz es un director teatral argentino que ha pasado 23 años de su vida en centro europa. Ahora está en Zamora dirigiendo el montaje de la próxima obra de Achiperre, Enrique V, de Ignace Cornelissen, basada en un texto de Shakespeare. La obra se presenta el 24 de agosto en la Feria de Teatro de Ciudad Rodrigo, si bien tendrá un preestreno en Toro el próximo domingo, ya que parte de los ensayos se desarrollan en el teatro Latorre, cedido para la ocasión por el Ayuntamiento de la ciudad de Doña Elvira.

C. G.

- ¿Qué es Enrique V?

- Es una versión de una obra de Shakespeare. Yo creo que es un teatro apto para todo el público, que lo pueden ver desde niños de ocho años a ancianos de noventa. El tema que tratamos nosotros, por el que nos interesó hacer la obra, es la espiral de la violencia, que es algo superactual con el conflicto de Oriente Medio. Uno no puede salir de la espiral de violencia que se abre: si uno hace ésto yo hago lo otro, el primero responde...es muy difícil escapar de eso.

-¿Y la trama de la obra?

- La historia plantea cómo a partir de una situación de crisis económica en Inglaterra el rey desea poseer Francia, ya que sus asesores legales le han dicho que por determinados tratados muy antiguos en realidad ese país perteneció al Reino Unido. Eso era según el derecho inglés, no según el derecho francés. El va en principio por las buenas a reclamar lo que aparentemente le pertenece. El rey de Francia le trata, por supuesto, muy mal, lo humilla y le dice que no piense en semejantes gilipolces y cosas por el estilo. El rey inglés se siente humillado y a raíz de eso declara la guerra a Francia y empieza un callejón sin salida, donde ninguno de los dos vence y en lo que termina todo eso es en una destrucción muy grande.

- Un argumento, desde luego, que no ha pasado de moda.

- Cuando estábamos ensayando se declaró la guerra de Israel y las milicias de Hezbolá y todos los días son sentábamos a decir "parece increíble. El mecanismo siempre es el mismo. La lógica de ese conflicto encaja perfectamente con la de nuestra obra". Nuestra puesta en escena a su vez agudiza este aspecto. A diferencia de la versión que ya hicieron estos belgas de Shakespeare lo que planteamos es una lucha personal entre todos los actores, tres y un narrador, por conseguir la corona. La corona tan deseada se disputa al principio de la obra abiertamente entre los tres actores, a ver a quién le toca hoy, y todo se maneja como si fuera una gran improvisación. Al que le toca tiene como obligación mantener esa corona mientras que los demás han que tratar de conseguirla. Con las reglas de juego que creamos nosotros

dentro de la puesta en escena agudizamos las situaciones que de hecho ya estarían en la obra. Los actores se meen en un juego personal y privado, cada vez más agudo y despiadado. En definitiva, ninguno logra vencer a los otros.

- Pinta un panorama muy dramático.

- Pero la obra tiene muchísimo humor. Los elementos que pusimos es un castillo de arena, la pelea entre los ejércitos se hace con globos, en fin, hay elementos que presentan esto como un juego de niños que se toma muy en serio, porque no queremos que pierda en ningún momento la idea de peligrosidad. Cuando uno observa a los políticos es exactamente así, parece que hacen un juego de niños, pero con cosas importantes. Este planteamiento crea mucho humor, gente adulta que se toma tan en serio todo y son capaces de llegar a cosas ilimitadas en función de conseguir sus objetivos.

- La obra se escribió el tiempos de Shakespeare y es extrapolable al conflicto de Oriente Próximo. ¿Tan poco hemos aprendido en estos siglos?

- Shakespeare es un maestro en captar cómo funcionan las fuerzas sociales, los individuos dentro de la sociedad, y esto es tan actual que no ha cambiado en absoluto.

- ¿Cuáles son los retos de un montaje nuevo?

- La adaptación teatral no ha supuesto mucho problema, porque trabajamos con una versión belga que es ya muy fuerte. El reto principal con el que nos estamos enfrentando en los ensayos está en conseguir que los actores funcionen en nombre personal, no de un papel, de un personaje. Y esto es lo que nos está costando tanto. Porque el actor está acostumbrado a interpretar un personaje. Pero el planteamiento de puesta en escena no requiere personajes, sino que sean ellos, los actores, los que se están disputando el reinado, y agregan elementos para conseguir eso.

- ¿Había trabajado otras veces con el grupo zamorano Achiperre?

- Dirigí el año pasado un Quijote, que salió de gira por la Comunidad, un encargo de la Fundación Siglo que fue una coproducción entre dos grupos, Achiperre de Zamora y Trencillo de Valladolid. Yo trabajé con uno de los actores de Achiperre, Diego Fariña y Cándido de Castro estuvo muy ligado al montaje. Se creó una especie de interés mutuo por lo que hacíamos y por eso me invitaron a trabajar con ellos. Es una compañía a la que tengo mucho respeto.

- ¿Cómo ve el teatro en España, en términos generales?

- Para ser sincero, lo veo algunos años atrasado en relación al que se hace en Europa. En España hay mucho teatro, pero con un estilo de actuación que en Europa está en desuso, aunque pueden ser modas que vayan y vengan. Me da la impresión de que es un teatro donde el trabajo del director no es lo fundamental, sino que es el del actor, que tiene una manera de interpretar un poco ampulosa, grandilocuente. Estoy hablando de una tendencia, sino que ello suponga decir que en España no hay buen teatro, que lo hay. Y tampoco es homogéneo, porque en algunas zonas, como Cataluña, se está haciendo un teatro que a mi me resulta más familiar, es más europeo, como si dijéramos. El teatro de Madrid es diferente.